

GABRIEL, MENSAJERO DEL AMOR
por Corinne Heline

Gabriel es el Ángel de la ternura, la misericordia, la compasión, el amor. Es el Guardián en jefe de las festividades del Solsticio de Invierno, que son invisibles para los ojos de la carne, así como también de las visibles para todos; y, mientras los himnos navideños hacen eco en las elevadas naves de las catedrales, alguno ve el destello de las alas que son las formaciones áuricas de sus mensajeros angelicales.

En esa época, cuando el planeta se ilumina con el Poder de Cristo, Gabriel lo usa para purificar, elevar y espiritualizar las almas humanas a su cargo.

El Poder del que hablamos - ese poder primario, creativo, ígneo que el Arcángel usa en su trabajo con el Neófito y el Discípulo por igual - es el Amor. Al Neófito le trae la lección de la expansión de la conciencia del Amor más allá de los confines de amigos, familia y bienhechores, para incluir también a los enemigos y a los que buscan hacerle mal; un Amor que crece para incluir a todas las razas, credos y cultos, un Amor sin concesiones, porque está basado en una apreciación genuina de la Esencia Divina, oculta en cada personalidad humana, aunque imperfecta. Y aprende a decir conscientemente que todo hombre en el mundo es su hermano y el mundo entero es su hogar.

No es fácil conseguir este Amor impersonal, y el Neófito debe pasar por muchos Ceremoniales de Solsticio de Invierno antes de aprender esa lección.

El discípulo, habiendo construido la ancha base del Amor fraternal, está listo para algo superior que, sin embargo, no puede ganarse si no es sobre la base de ese amor Fraternal adquirido en su noviciado.

Ese algo superior es desarrollar el “Amor como un Poder”, bajo la tutela de Gabriel. Para él el Amor debe dejar de ser una simple emoción pasajera o movimiento sensorio; debe ser elevado hasta convertirse en - como realmente es - un Poder del Espíritu.

Pues, con cada paso hacia la materia, el Amor pierde algo de sí mismo pero, con cada paso hacia el Espíritu, el Amor se recobra y se provee de alas con fuerza celestial.

San Pablo, en su glorioso canto de amor declara: *“Ahora allí moran la Fe, la Esperanza y el Amor, pero el más grande de ellos es el amor”*. En la vida del Discípulo, la Fe, la Esperanza y el Amor no son meras abstracciones sino atributos definidos del alma o Espíritu, manifestándose en la vida iluminada. Así, cuando la Fe llega a ser, no una mera abstracción que ocupa el intelecto, sino el “Poder” utilizable que emana del Espíritu, puede remover montañas como enseñó Cristo.

Pero, antes de la posesión de esta Fe que es Poder, el Discípulo debe haber conocido la realidad espiritual de la Esperanza. Hay una profunda verdad en la leyenda de la caja de Pandora en la cual, cuando se escaparon todos los

vicios y virtudes, sólo una cosa que quedó: la Esperanza, que es la primera de las cualidades mentales que debe ser transmutada en un poder del alma utilizable, que es la voz de los ministros angelicales para el alma, que orienta el alma hacia el sendero que conduce al Cielo, poniéndola sobre él.

La Esperanza puede cambiar las condiciones más discordantes y hacer de la vida una nueva y gozosa experiencia, pues lleva directamente a la casa del Amor, donde el Poder de Cristo le confiere al Discípulo, por primera vez el dominio del Iniciado. La Iniciación no es sino un término descriptivo de los poderes poseídos por aquel que se ha Cristianizado.

“Y ahora habita la Fe, la Esperanza y el Amor; pero el más grande de éstos es el Amor”.

Tal es el mantra para la meditación en la Blanca Noche del Alma.

* * *